862.8
T2553a
v.19
no.21

El Sordo en la Posada

Enciso Castrillón

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

~~862.8~~
~~T2553a~~
~~v.19~~
~~no.21~~

a 00003 492045

This book must not be taken from the Library building.

EL SORDO EN LA POSADA.

DRAMA EN DOS ACTOS

EN VERSO.

TRADUCIDO DEL FRANCES,

Y REPRESENTADO EN EL TEATRO DE LOS CAÑOS DEL PERAL.

Por D. F. E. C.

CON LICENCIA:

EN LA OFICINA DE DON BENITO GARCÍA Y COMPAÑÍA,
AÑO DE 1808.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de las Carretas.

PERSONAS.

Don Pedro, padre de.....

Doña Juana.....

Don Fernando, amante de ésta..

Doña Ines, su hermana.....

Don Antonio.....

Don Gil.....

Lucía, posadera.....

Blasa, criada.....

Fermin, mozo de la posada.....

Un mozo del lugar.....

Varias gentes.....

La Escena es en un pueblo junto á Granada.

ACTO PRIMERO.

El teatro figura una sala, una cocina y una alcoba con cama, á donde se va por una escalera, de modo que la alcoba forma el piso principal, y las demas piezas el baxo. La alcoba debe tener una ventana que permita al expectador ver quanto pasa en ella.

ESCENA PRIMERA.

Don Pedro y Don Gil en la sala jugando á los naypes: Lucía y Blasa en la cocina haciendo sus labores.

Ped. Hombre, qué impaciente estás?
Gil. Pues no vé usted quánto tardan?
Ped. Qué importa hora mas ó ménos?
Ten paciencia, que sin falta
vendrán ántes que anochezca.
Vamos: trece, veinte.... carta.
Gil. Poco á poco: todavía
no me he plantado.
Ped. Mañana
puede plantarte la novia.
Gil. Con que las mugeres plantan
á sus novios? Oiga usted?
Pues yo sé una buena maña
para que no lo hagan.
Ped. Y es?
Gil. No jugar con ellas.
Ped. Brava
salida: bien se conoce
que tienes talento.
Gil. Gracias
al viage que hice á Madrid.
Ped. Oh, en la Corte se adelanta
mucho.
Gil. No quereis creerlo;
pero ántes de que dexára
mi tierra era yo un jumento.
Ped. Bien se conoce que hablas
con verdad.
Gil. Mucho gané
en Madrid, pero bien cara
me ha salido la instruccion:
no hice yo la tal jornada
con mil duros; pero viendo
que al paso que adelantaba
en mi ingenio, disminuía
mi caudal, dixe: caramba,
la ciencia siempre nos sobra,
y el oro puede hacer falta,
con que basta de saber.
Hagamos que el señor Várgas
me dé la mano de su hija,
y vámonos á la patria
á casarnos. Dicho y hecho,
al punto me puse en marcha,
y he llegado á este lugar.
No es cierto que es una alhaja
este pais?
Ped. Por lo mismo
he comprado aquí una casa
de campo, y he convidado
á que venga á verla á Juana
y á su amiga Doña Ines.
Gil. Y no la dixisteis nada
de la boda?
Ped. No: con eso
se alegrará mas.

862.8
T2553a
v.19
no. 21

Gil. Qué ufana
se pondrá, luego que sepa
que ha de ser mi esposa... Es guapa?
Ped. Sí que lo es muy bonita.
Ya me canso de esperarlas;
dexémos el juego, y vamos
á ver si vienen.
Gil. Me agrada
el pensamiento.
Ped. Lucía,
si vienen aquellas damas
que dixe, dalas dos quartos,
los mejores.
Luc. No hay en casa
mas quartos desocupados.
Decidme como se llaman
para que no me equivoque.
Gil. Sí, bueno es.
Ped. Doña Juana
y Doña Ines.
Luc. Bien está.
Pierda usted cuidado. Blasa,
los números quatro y cinco
han de ser para las damas
que aguardamos. Van ustedes
á paseo?
Ped. Sí: á esperarlas
vamos camino del puente.
Luc. Si está roto.
Gil. Patarata,
yo sé nadar como un pez.
Escucha Blasa, que haya
una comida excelente.
Blasa. Bien está.
Gil. A duro por barba
que yo pago, y ya tú sabes
que yo no tengo la falta
de roñoso.
Blasa. Está muy bien:
usted cumpla su palabra,
que yo sé mi obligacion.
Gil. Jesus, hasta las criadas
de esta tierra son discretas.
Ped. Vamos que es tarde. Qué maza
es mi yerno: solo siento
que ya empeñé mi palabra;
pero en fin, cómo ha de ser.
Gil. Vamos papá. *vanse.*
Blasa. No casára
con un hombre tan aquel,
aunque me le presentáran
en vandeja.
Luc. Y tú qué sabes?
El es tonto, pero se halla
muy rico, y para marido
vale muchísima plata
un tonto. Mira, ya sabes
que no hay en toda la casa
un quarto desocupado,
con que así, no deis posada
sino á esas dos señoritas.

ESCENA II.

Dichas y Don Antonio.

Ant. Es usted acaso el ama
de casa?
Luc. Para serviros:
qué se os ofrece?
Ant. Dos camas,
para mí, y para un amigo.
Luc. Señor, yo siento en el alma
que no las haya.
Ant. Habrá una.
Luc. Ni media. Tengo la casa
llena de gente, y quizás
tendré que dexar la sala
que habito, y poner en ella
algun huesped.
Ant. Si yo entrára
á ocuparla, no era justo
que usted saliera.
Luc. Que chanzas
tan propias de un militar;
pero las decis con gracia,
y así ninguna muger
puede ofenderse.
Ant. A las damas
jamás ofende un soldado.
Defenderlas, obsequiarlas,
y adorarlas, eso sí,
tal es mi sistema, y nada
me gusta tanto como ellas.

RBC/INBAU

Con que en fin, tendrémos camas
mi amigo y yo?
Luc. Y ese amigo,
es tan amigo de chanzas
como usted?
Ant. Y mucho mas.
Luc. Pues siento que desayradas
queden vuestras gracias.
Ant. Cómo?
Luc. Porque por hoy no hay posada
para usted ni para él.
Ant. Así como suena? Vaya,
que no sereis tan cruel.
Luc. Oh, yo soy muy inhumana
por esta noche: allí vienen
las señoras que esperaba. *vase.*

ESCENA III.

Don Antonio solo.

Ant. Malo vá esto: ya han llegado
Doña Ines y Doña Juana,
y Fernando rabiará
viendo que en esta posada
no podemos alojarnos.
Esta fatal circunstancia
frustra el lance mas gracioso
del mundo. Don Pedro Várgas
se retira de Madrid,
y aquí cerca de Granada
compra una casa de campo,
saca á su hija Doña Juana
del Colegio, y determina
que al punto se ponga en marcha
para venir á este pueblo,
solamente acompañada
de su tia. Esta señora
precisamente se halla
enferma, y en su lugar
viene con Juana, la hermana
de Don Fernando, su amante,
y que tambien es la dama
que yo adoro: fué imprudencia
de aquella señora anciana
dexar caminar dos niñas
siendo tanta la distancia
de aquí á Madrid. El amor,
que no se le escapa nada,
nos sugiere en el instante
la idea de acompañarlas
sin darnos á conocer,
y en esta última jornada
nos hemos adelantado.
Aquí era en esta posada
donde estaba prevenido
el desenlaze. Mal haya
el maldito inconveniente
de hallarse toda ocupada:
ello es que por esta noche
nos quedaremos en casa
de mi tio, y ya veremos
mañana por la mañana
en qué para este negocio.
Ya parece que descargan
los cofres. Oh, qué equipage!
Quando las mugeres viajan
necesitan tantos trastos!
Mas ya vienen á esta sala:
voy sin que me vean. *vase.*

ESCENA IV.

Doña Juana, Doña Ines, Lucía y Blasa.

Luc. Chica,
sube corriendo, y acaba
de disponer esos quartos;
y ustedes cómo se llaman?
Juana. Yo, Juana.
Ines. Yo, Ines.
Luc. Muy bien.
Las mismas que yo esperaba
son ustedes. Desde ahora
queda cerrada mi casa
para todos.
Juana. Cómo así?
Luc. Porque está toda ocupada;
y aunque con disgusto mio
tengo que negar la entrada
á todos los que á ella lleguen.
Y ahora mismito se acaba
de ir un jóven oficial

768484

que con la mayor instancia
me pedia alojamiento
Ines. Si será él. *ap. á Juana.*
Juana. Fuera desgracia:
Sale Blasa.
Blasa. Señora suba usted al quarto.
Luc. Pues qué se ofrece?
Blasa. Que faltan
unas sillas, las cortinas.
Luc. Voy al instante á sacarlas. *vans.*

ESCENA V.

Doña Juana y Doña Ines.

Juana. Con que piensas que Fernando
será el oficial que acaba
de irse de aquí?
Ines. O Don Antonio,
ó mi hermano.
Juana. Será extraña
su venida. Desde el punto
que nos pusimos en marcha
nada hemos sabido de ellos.
Ines. Calla, y ten buena esperanza,
ya que, á Dios gracias, salimos
del colegio donde ambas
nos quisimos tanto, y tanto
nos fastidiamos: no falta
sino que los dos amigos
nos busquen.
Juana. Aquesta carta
de mi padre me da tanto
que pensar... Voy á mirarla
otra vez. "Querida hija, *lee.*
„por fin ya compré la casa,
„y la hacienda que queria.
„Al instante ponte en marcha
„con tu amiga Doña Ines,
„puesto que mi pobre hermana
„no te puede acompañar
„por sus achaques."
Ines. No es larga.
Juana. Pero muy confusa. Luego
añade en una postdata:
"Ven sin pérdida de tiempo, *lee.*
„porque me haces suma falta."
Ines. Y eso te da que pensar?
Juana. No sé quál sea la causa
de tanta priesa.
Ines. Es muy fácil
adivinarlo: se halla
dueño de una buena hacienda,
y de una casa, y te llama
para dártelas, con tal
que al punto te vea casada
con mi hermano.
Juana. Con tu hermano...?
Esa es esperanza vana.
Ines. Por qué?
Juana. Sí nunca le ha visto:
eran sumamente raras
las visitas que me hacia.
Ines. Siempre fué de mala gana
al colegio. Aborrecia
las ceremonias extrañas
de la casa.
Sale Blasa.
Blasa. Señoritas,
vuestros quartos ya se hallan
adornados. Están juntos
el quatro y el cinco.
Ines. Basta,
que ya subirémos. Toma
tu propina.
Blasa. Muchas gracias,
yo siempre tomo con gusto
lo que dan de buena gana.
Juana. Qué muchacha tan graciosa!
Toma amiguita.
Blasa. Y del alma.
Para tan buenas señoras
en ninguna parte faltan
amigas que las estimen,
ni ménos buenas criadas
que las sirvan con esmero. *vase.*

ESCENA VI.

Doña Juana, Doña Ines, y un Mozo.

Moz. Quién es Doña Juana Várgas?
Juana. Yo soy.
Moz. Pues de esa manera

para usted es esta carta.
Juana. De quién?
Moz. Eso no se dice,
que se lee.
Juana. Pero...
Ines. Basta,
no seas niña. Trae acá,
que yo la leeré.
Juana. Y se halla
satisfecho el porte?
Moz. A medias,
porque no me ha dado nada
quien la recibió.
Juana. Ya entiendo. *dale dinero.*
Vais contento con la paga?
Moz. Oxalá que quede usted
tan contenta con la carta.

ESCENA VII.

Doña Juana y Doña Ines.

Ines. Muger qué enigma será éste?
"Os encargo hermosa Juana *lee.*
„que oygais, veais y calleis,
„teniendo firme esperanza
„de que todo saldrá bien."
Juana. Yo no entiendo una palabra.
A ver la letra.... Tampoco
la conozco.
Ines. Alguna trama
urdiéron los dos amigos,
y sin duda se preparan
escenas muy agradables.
Juana. Gente viene.
Ines. En esta sala
no estamos bien. Vámonos
al quarto miéntras que tratan
de cenar.
Juana. Sí: vámonos.
Ines No nos dixo la muchacha
el quatro y el cinco?
Juana. Sí.
Ines. Pues fácilmente se hallan
esos números. *vase.*

ESCENA VIII.

Lucía y Blasa en la cocina: luego sale Don Fernando.

Blasa. Qué amables
señoras; voy á llevarlas
una luz. *vase.*
Luc. Quién será este hombre,
que sin pronunciar palabra
Sale Fernando.
se nos entra de rondón?
Qué busca usted?
Fern. Muchas gracias.
No os incomodeis por mí.
Luc. Usted buscará posada?
Pero aquí....
Fern. Pronto vendrá.
Luc. Quién?
Fern. No tal,
es muy bonita la casa.
Luc. Qué dice este hombre? está loco.

ESCENA IX.

Dichos y Fermin.

Ferm. Si es sordo como una tapia.
Llega á la puerta, se apea
del caballo, y me le manda
dar un buen pienso: le digo
que no hay lugar en la quadra
para el caballo, ni quarto
para él, y luego salta
con que es hermoso caballo,
y que le cuide. Yo alzaba
la voz, pero ni por esas:
saca el bolsillo, y me alarga
un duro... Qué habia de hacer?
puse el rocin en la quadra,
y vengo á dar á usted parte
para que disponga.
Luc. Nada
puedo disponer: ya ves
que tengo toda la casa
llena de gente. El caballo,
si es que no estorva en la quadra,
dexadle.

Fern. El pobre animal
tiene tan buena crianza
como su amo, y se acomoda
en qualquiera parte.
Luc. Vaya, *viendo á Fern. sentado.*
que me gusta la franqueza.
Parece que está en su casa.
Qué lástima que sea sordo,
pues su presencia es gallarda;
pero en fin, ello es preciso
decirle que no hay posada.
Mire usted, yo siento mucho... *alto.*
Fern. Si señora, la mañana
estuvo mucho mas fria
que la tarde.
Luc. No está mala
la respuesta. Le hablaré
mas alto. Yo deseára
el poderos dar un quarto.
Fern. El barranco de la entrada
del lugar? No es peligro,
qualquier caballo le salta.
Luc. Si te saltáran siquiera
los sesos... No hay esperanza
de que me entienda. Por fin,
no incomoda, con que vaya,
quédese ahí en la cocina,
pues que no tengo otra cama.

ESCENA X.

Dichos y Don Gil.

Gil. Cómo, señora Lucía,
usted que tiene la fama
de ser tan puntual en todo,
se está con esa cachaza,
sin haber puesto la mesa,
viendo que ya están en casa
esas hermosas señoras,
y que una está destinada
para ser mi esposa.
Luc. Y quál
es la dichosa?
Gil. No es mala
la pregunta, la mas bella.
Qué soy tonto.
Luc. Por las trazas
no se os conoce. Qué bruto!
Lo que yo extraño es que haya *ap.*
padre que quiera casarle
con su hija.
Gil. Qué es lo que hablas,
entre dientes?
Luc. Una cuenta
que á mis solas ajustaba.
Vaya, ya pueden baxar
las señoras.
Gil. Vaya, darlas
el brazo. *vase.*
Fernando entra en la sala, se sienta á la mesa, y comienza á registrar unos papeles.
Fern. Treinta mil reales.
Esta letra es de Granada,
y es dinero en mano... Cádiz
doscientos mil... puede que haya
algunas dificultades
en cobrarlos; pero vaya,
yo no soy executivo,
ni tampoco me hacen falta
por la hora presente.
Luc. Ola!
A qué habrá entrado en la sala
este hombre?
Blasa. A registrar
sus papeles. Y cómo habla *baxo.*
de dinero: se conoce
que le tiene.
Luc. Sí: caramba,
qué rico es! pero no temas
que te oyga lo que hablas,
porque es sordo como un leño.
Blasa. Válgame Dios qué desgracia
teniendo tantos doblones!
Luc. Y cómo ha de ser.
Fern. Muchacha.
Blasa. Ay como grita! Si es sordo
no le respondo palabra,
pero me pondré delante
á ver qué me quiere.
Fern. Agua
para labarme las manos.
Blas. Esto me gusta. Quien trata

con sordos, obedecer,
y no replicarles nada.
Pero ahora es fuerza decirle
que dexa en la palancana
un duro... Eh, escuche usted.
Fern. Dices que no te dí nada.
Haces bien en recordarlo,
pues suelo tener la falta
de distraerme. Ea, toma.
Blasa. Dos duros! Así llegáran
muchos huéspedes como éste.
Luc. Te ha gustado el sordo, Blasa?
Blasa. Mas vale que sea sordo
que manco. De buena gana
le serviré.
Luc. Pero dime,
cómo ha de quedarse en casa
esta noche? Esos señores
quieren cenar solos.
Blasa. Vaya,
eso queda de mi cuenta.
Fern. Mañana por la mañana
es preciso madrugar,
con que á cenar, y á la cama.
Chica... Oh, que estás aquí!
no se cena en esta casa?
Blasa. Luego, luego.
Fern. No pregunto
si tienes novio. No faltan
á las que son tan bonitas
como tú. Yo tengo ganas
de cenar.
Luc. Quál te echa flores
el sordo?
Blasa. Pues á Dios gracias,
sin que sea vanidad,
qualquier viagero que pasa
me dice la misma cosa.
Pero las señoras baxan,
qué dirán quando le vean?

ESCENA XI.

ichos, Doña Juana, Doña Ines, Don Pedro y Don Gil,

uan. Ay Dios mio!
Gil. Qué, qué pasa?
Ines. Nada.
Ped. Quién será este hombre
que está con tanta cachaza
registrando sus papeles,
y en nosotros no repara?
Luc. Es un hombre incomprehensible,
pero no sé mas. Tragarla *apart.*
como podais. *vase á la cocina.*
Gil. Pues muy pronto
le haré yo dexar la plaza.
Ola, caballero mio!
mire usted si se levanta,
que esta no es mesa comun.
Fern. Caballerito, mil gracias,
yo no admito distinciones,
bien estoy aquí.
Gil. Quién trata
de distinciones? le digo,
que esta mesa, y esta sala
no es para usted.
Fern. Lo agradezco,
pero no lo admito. Vaya,
tomen ustedes asiento, *á las damas,*
como gusten.
Gil. Qué es lo que habla
este diablo? No le entiendo.
Blasa. Si es sordo como una tapia.
Gil. Y por qué no me lo has dicho?
fuerza es hablarle en voz alta.
Usted no puede cenar
con nosotros.
Fern. Pues á tantas
instancias ya no replico.
Me sentaré entre estas damas,
si lo permiten.
Juana. Papá,
usted á mi lado.
Gil. Es gracia:
y yo dónde me coloco?
Ines. Pero, Don Gil, si usted anda
con aquesas etiquetas
no cenaremos. Que traigan
un cubierto, y colocaos
á ese lado.
Gil. Es que ya pasa
de grosería.

Ped. Bien dice
Doña Ines, sino oye nada,
es inútil que te canses;
piensa que en esta posada
se cena en mesa redonda,
y no habrá nadie que le haga
desengañar. Pues que cene
en buen hora.
Gil. Pero... Blasa,
un cubierto... y justamente
ese puesto me tocaba
á mí... Muchacha, un cubierto.
Fern. Siempre quedará grabada
en mi pecho esta fineza
que me haceis.
Gil. Si rebentáras
tú con todas tus finezas,
alma de cántaro!... Blasa.
Blasa. Qué manda usted?
Gil. Un cubierto.
No lo ves?... Vamos, despacha.
Oh! él pagará su escote.
Blasa saca un cubierto, y rie.
Gil la arremeda.
Gil. Já, já, já... qué carcajadas
son esas.
Blasa. No he de reirme,
si un sordo como una tapia
parece que oye mejor
que usted con tener tan largas
las orejas.
Fern. Esta es
una preciosa posada;
y sobre todo, he logrado
la compañía mas grata
que pudiera desear.
Este jovencito encanta
con sus preciosos modales.
Hermosa perdiz. Madama,
recibid esta fineza.
Ines. Vaya, que el sordo es alhaja.
No es verdad, Don Gil?
Gil. Señora,
él tiene buena crianza:
mas si estuviéramos solos,
ahora mismo se trataba
de mi boda.
Ped. Y quién lo impide?
Es sordo, y no piensa en nada
sino en comer.
Gil. Y quál come?
que mal provecho le haga:
bien puede pagar por dos.
Juana. Pero, Papá, usted habla
y no cena.
Ped. Me divierto
mirando las buenas ganas
que tiene el sordo: y con qué ojos
os mira! No: las muchachas
no le disgustan.
Ines. Y quién
las aborrece?
Gil. Caramba,
que hace muy buen convidado!
porque come, bebe y calla,
y no oye.
Ines. Mejor, con eso
no dirá necias palabras,
como suele suceder
á los sugetos que hablan,
creyendo que sordos son
los que hay delante,
Fern. Usted habla
con mucha razon, señora.
En esta tierra no acaba
la primavera jamas.
Gil. Buena salida: se trata
de pepinos, y responde
berengenas.
Ines. Veces varias
suele suceder lo mismo,
sin que sean sordos los que hablan.
Vaya, voy á entretenerme
hablándole.
Juana. Es cosa extraña
divertirnos á su costa,
ya que tiene la desgracia
de ser sordo.
Ped. Dices bien,
dexarle en paz.
Ines. Vaya vaya,
es gravísimo pecado
gastar con él una chanza.
Gil. Cáspita con el sordito!

miren con qué linda gracia
me atrapó el mejor bocado.
Parece que tiene clara
la vista para quitarme
de la mano las tajadas.
Ped. Toma otra, pues hay de sobra.
Ines. Miren qué ruido se arma
por un alon. Ahora voy,
y veremos si se entabla
la conversacion. Decidme,
vuestra sordera es causada
por alguna enfermedad?
Fern. No he venido á una cobranza,
sino á un asunto mas serio.
Ines. Le podreis decir?
Fern. Oir? Nada.
No me voy sin que consiga
mi deseo, aquí se halla
un tio que Dios me dió.
Tiene una hija, y la trata
de casar con un idiota.
La pobre muchacha clama,
y con razon, pues el novio
es detestable. Mañana
arreglaré yo el asunto,
y sin duda hallaré traza
para salvar á mi prima,
porque es la mayor desgracia
el casarla con un hombre
que aborrece.
Gil. Ahora sí que habla
en razon. No es verdad usted.
Que vivan los que se casan,
siendo iguales en un todo,
qual nosotros verbi gracia

Todos se rien.

Ped. Dices bien.
Fern. No hay que reirse:
mi prima es muy agraciada,
y el pretendiente es un necio;
pero si él no se separa
de la pretension, le corto
las orejas: no faltaba
mas sino que consintiese
el que así la violentáran
su inclinacion. Ella quiere
á otro, cuyas circunstancias
le hacen digno de su mano;
y la logrará.

Gil miéntras él ha hablado le ha estado oyendo con un vaso en la mano.

Gil. Caramba,
y que furioso es el sordo!
Cuerno!
Fern. Buen provecho: y vaya
por la vuestra. *brinda con él.*
Ped. Bien será
nos retiremos, pues Juana
querrá descansar del viage.
Fern. Gracias á Dios no pensaba
haber cenado tan bien
como he cenado.
Gil. Las gracias
deben ser á tu descaro,
y á tu sordera. Ven, Blasa.
Blasa. Mande usted.
Gil. Trae un papel.
Blasa. Voy volando.
Gil. A ver si pagas
lo que has engullido, sordo
de los diablos?
Fern. Ahora falta
satisfacer el escote:
con que á diez reales por barba?
ahí está mi medio duro.
le tira sobre la mesa.
Luego daré á la muchacha
su propina.
Gil. Medio duro!
Hombre, mire usted lo que habla.
le enseña un duro.
Si es á duro por cabeza.
Lo oye usted?
Ped. Por qué te cansas?
si es sordo.
Fern. Oh, caballerito!
con que en seguida de tantas
finezas, quereis tambien
el que yo no pague nada
por la cena? Sea en buen hora,

más sino estuviese clara
la buena intencion, quizás
á desayre lo juzgára.
Gil. Quién diablos quiere pagar
por él? Eso no, caramba,
pagará lo que ha cenado,
ó habrá una y buena.

ESCENA XII.

Dichos, Blasa, y despues Lucía.

Blasa. Mi ama *sale Lucía.*
viene ya á ajustar la cuenta.
Gil. Muy bien. Lucía, se trata
de hacer pagar á este sordo
su parte. La cosa es clara:
no es á duro por cada uno?
Blasa va á quitar la mesa.
No, chica, no quites nada,
que servirá para luego.
Blasa. Qué ruin.
Luc. Esa es la contrata;
á duro son cinco duros.
Gil. Justos. Pero este canalla
de sordo no quiere dar
sino diez reales; y anda,
que ha engullido como quatro.
Ped. En qué parará esta danza.
Fern. Patrona, este caballero
despues de honrarme con varias
finezas, quiere tambien
pagar mi parte. Es extraña
tanta atencion, y en verdad
que me mortifica.
Gil. Vaya.
Este hombre me vuelve loco,
señor, si aquí nadie habla
de pagar.
Juan. A que és cansarse,
sino entiende una palabra.
Vaya, que estais muy pesado.
Ines. Escribidselo.
Ped. No es mala
la idea.
Gil. Y sabra leer.
Ines. No ha de saber.
Juana. Ahora falta
que vos sepais escribir.
Gil. Yo! No que no: las muchachas
del pueblo pueden decirlo.
Para poner una carta
de amores me pinto solo.
Ah! sí que se me olvidaba;
lleva á mi quarto un tintero,
porque ántes de irme á la cama
escribiré á mis amigos
diciéndoles la llegada
de mi muger.
Ines. Qué animal.
Ped. Es tonto, no es verdad Juana.
Fern. Pues supuesto que no hay forma
de dexarme pagar nada,
guardate ese medio duro,
que yo en tales circunstancias
sé tambien ser generoso.
Gil. Lea usted.
Fern. Teneis la gracia
de ser poeta tambien?
Vaya, yo leeré á estas damas
vuestros versos.... Señor Sordo, *lee.*
dice.... Ay que cosa tan extraña!
Señor sordo, es esto á mí?
Gil. Esto es gracioso! se pasma
de que yo le llame sordo,
y no oyrá una descarga
de artillería.
Fern. Así es,
en la postrera campaña
me dexó la artillería
algo sordo... mas no es nada,
me parece he respondido
como conviene á las varias
preguntas que se me han hecho.
Ines. Sí señor, la cosa es clara.
Fern. Y fuera de eso, este modo
de comenzar una carta
es muy raro. Por exemplo,
si yo de escribir tratára
á un hombre que fuese tonto,
y mi papel comenzára
diciendole: Señor tonto,
ninguno hay que lo aprobára;
y usted que me ha dado muestras

de tener buena crianza...
Lo extraño... pero veamos,
Señor sordo.... Vaya engracia.
Sepa usted que no ha cenado
en mesa comun, y cada
cubierto son veinte reales.
Pues bien: y por qué no hablaba
usted?

Gil. Si el hablar contigo
es hablar con una estátua.

Fern. Quién os enseñó á escribir?

Gil. Eso no os importa nada.
Pague usted, y se acabó.

Fern. Vean ustedes, madamas,
qué estilo tan agraciado
tiene este hombre, qué palabras
tan escogidas; y en fin,
son veinte reales? Pues anda,
guarda los diez que te dí.

Blasa. Lo haré de muy buena gana.

Fern. Sí, te los doy.

Blasa. Ciertas veces
parece que oye.

Luc. Palabras
sueltas, pero nada mas.

Fern. Patrona, aunque en las posadas
es costumbre general
el pagar por la mañana,
yo quiero hacerlo esta noche;
y espero que tambien lo haga
el señor. Ahí está un duro.
Pague quien le diere gana,
que yo por mi nada debo.

Gil. Ola, ola como paga,
ahora ya somos amigos.
Con que tu pillaste, Blasa,
el medio durillo, hé?

Blasa. Sí señor, porque á Dios gracias,
no son todos como usted.
Afloje sobre la marcha
la mosca, y vamos de aquí,
que todos tenemos gana
de recogernos.

Ped. Bien dices.
Yo pagaré sino pagas.

Gil. Y qué nos vamos del mundo?
Mañana por la mañana
se pagará todo junto.
Ahora vamos á la cama.
Y fuera de eso ha cobrado
bastante, y verémos.

Ines. Vaya,
usted hizo que pagase
este jóven, y ahora trata
de no pagar? O imitadle,
ó pagamos.

Gil. Oh que instancias
tan vivas! Toma, Lucía,
uno, dos, tres, quatro, bastan. *dán-*

Luc. Sí señor, cabal está. *dola dinero.*

Gil. Lo celebro mucho. Blasa,
ves á disponer mi quarto.

Blasa. Alla voy.

Luc. Y ustedes vayan
á rocogerse si gustan,
al lado de cada cama
teneis una campanilla,
llamad, y sobre la marcha
irá Blasa á lo que ocurra.
Señores, hasta mañana. *vase.*

Ped. Agur. Vámonos tambien.
No das el brazo á estas damas
para subir la escalera?

Gil. No señor, porque aun me falta
sentado á la mesa.
cenar, echaré dos tragos,
y luego voy á la cama;
ea, pasad buena noche.

Juana. Jesus que mala crianza
tiene Don Gil.

Ped. Ya te entiendo;
pero ya tengo empeñada
mi palabra.

Juana. Con que en fin....

Ped. Ven, y hablarémos.

Gil. Que vaya
á la salud de mi novia,
y de mi suegro.

Fernando ve pasar á Blasa, que con un calentador sube al quarto donde está la cama, y se va tras ella. Siguiendo toda la escena él allá arriba.

Fern. Te cansas
en vano. Si hace calor.

Blasa. No señor, no es esta cama
para usted.
Fern. Yo te lo estimo;
pero hija, ese calor daña
al calor vital.
Blasa. Qué dice
de calor vital. *Fern.* Qué guapa
muchacha, y cómo me sirve.
No saldré de la posada
sin mostrarme agradecido.
Blasa. Lo creo.... Ahora falta
saber qué tengo de hacer;
si él se envoca en esta cama
de rondon cómo en la mesa,
es una chanza pesada.
Lo mejor es avisar
á Don Gil, y pues se alaba
de agudo, vamos á ver
cómo del quarto le saca. *baxa del*
Fern. Te vas? pues con Dios: *quarto.*
seguramente que habla
con mucho agrado á las gentes.
Ea, ya estoy en mi casa:
cierro la puerta con llave, *lo hace.*
pues si no está mal guardada.
Blasa. Señor Don Gil, sepa usted
que miéntras tanto que trata
de apurar lo que ha sobrado,
el Señor Sordo se encaja
en su quarto, y á esta hora
quizás tambien en su cama.
Gil. En mi cama? Qué demonio?
hay sordo de peor casta.
Dexa, dexa, ya verás
cómo al punto desampara
el quarto. Ola, Señor Sordo,
ese quarto y esa cama
es para mí.
dirá esto junto la puerta del quarto.
Fern. Qué tranquila
está toda la posada.
No se oye ni un cascabel.
De este modo se descansa
perfectamente. *Gil.* Qué dice?
Blasa. Se estará echando en la cama
con gran descanso, y pondera
el silencio de la casa.
Gil. Se habrá visto cosa igual?
Cuenta que de una patada
he de derribar la puerta. *da golpes.*
Blasa. Por Dios, no ve usted que arma
un ruido de los demontres?
y ya están todos en casa
recogidos. *Gil.* Que dispierten,
ó que rabien: Esta sala
es mia, pues la he pagado.
Sordo arriba.
Fern. Segun trazas
el viento mueve esta puerta.
Yo procuraré atrancarla
arrimando este almatoste.
arrima la mesa.
Blasa. Mire usted que llamo al ama,
sino dexa usted la puerta
al instante. *Gil.* Ves, y llama
aunque sea al mismo diablo.
Yo quiero mi quarto.

ESCENA XIII.

Dichos, Don Pedro, Doña Juana, Doña Ines, y otras gentes.

Ped. Vaya,
qué ruido es éste ¿ qué hay ?
Gil. Qué ha de haber, que este canalla
de Sordo se ha apoderado
de mi quarto, y de mi cama,
y no hay forma de dexarle.
Pero yo le haré que salga,
ó le tomo por asalto:
Bien puedo no dormir nada,
pero he de sitiarle el quarto.
Ped. Sitiarle es cosa excusada.
Pues no ves que es militar,
y que podrá con ventaja
sufrir el sitio? *Ines.* Y quizás
obligaros con las armas,
y levantarle. *Gil.* No importa.
Luc. A mí sí: tengo la casa
llena de gente, y querrán
descansar para mañana
madrugar. Jesus, qué hombre
es usted! si no repara
en lo que le digo, haré
que venga el Alcalde. *Gil.* Anda,

y llama. Qualquiera juez
dirá que es mía esta sala.
La he pagado, ó no?
Luc. Si es eso,
os volveré vuestra paga,
y estamos en paz. *Gil.* No quiero.
Yo solo pido mi cama,
porque deseo dormir
como es razon. *Luc.* Mira, Blasa,
ves y llámate á los mozos,
y verás qué pronto calla
este hombre inconsiderado.
Fern. Valgame Dios que desgracia
es la mia! *Ines.* Ay, escuchemos.
Fern. Aquella fatal descarga
de setenta y tres cañones
me dexó algo sordo. Y vaya,
que de dia no es tan malo.
Si pierdo algunas palabras
solo por el movimiento
de los labios, sé lo que hablan,
y como respondo acorde
apénas notan mi falta.
Gil. Tiene razon. *Luc.* Calle usted.
Fern. Pues en efecto, es desgracia
estar sordo, y mucho mas
estando en una posada
donde no conozco á nadie.
Por fortuna en esta casa
parecen muy buenas gentes
todos; hasta la criada,
y luego aquellos señores.
Sin embargo, aquí se hallan
otros muchos pasageros,
y nadie sabe sus mañas.
Las puertas son tan endebles,
que se abren de una patada,
y como llevo conmigo,
en letras, en oro y plata,
mas de quinientos mil reales,
fuera una chanza pesada
que me asaltasen durmiendo,
si yo me meto en la cama
no haya miedo me dispierte
aunque todo el cielo caya
sobre mí. Pues velaré,
de qualquier modo se pasa
una noche. Aquí hay tintero,
y yo tengo varias cartas
que escribir, pues voy á hacerlo
miéntras los otros descansan.
Siéntome junto á la puerta,
y así resguardo la entrada.
Saco mi par de pistolas;
cada una tiene una bala,
y tres postas.
Gil. Para el diablo *se baxa.*
que á la puerta se llegára!
Fern. Dudo que me falte un tiro,
no ha de ser tal la desgracia
que falten las dos: y entónces
tengo mi sable. *Ped.* No asaltas
el quarto. *Gil.* No pienso en eso.
El Sordo no gasta chanzas,
y lo hará como lo dice.
Blasa. Jesus! me tiene asustada
solo el oirlo. *Gil.* Con qué vamos,
dónde duermo yo?
Luc. En la sala
sobre un sitial: en el poyo
de la cocina... *Gil.* Qué camas
tan blanditas y mullidas.
Mira, no podias Blasa
prestarme la tuya? *Blasa.* Yó,
para que despues señára
con usted.
Gil. Pues mira, chica,
no eres la primer muchacha
que sueña conmigo. En fin,
pues no hay remedio, en la sala
me quedaré, y con las sillas
nos compondremos. Mal haya
una y mil veces el sordo!
Blasa va á quitar la mesa como ántes.
No chica, no quites nada,
porque puede que dispierte,
y quizás me dará gana
de tomar algun bocado.
Esto está pagado y...
Ines. Vaya,
que no he visto hombre mas ruin.
Ped. Pues que te convienes, marcha,
y componte como puedas.
Vamos, hija. Hasta mañana.

Luc. Vayan ustedes con Dios;
cierra bien la puerta Blasa,
y vámonos á acostar.
Qué, Don Gil! Nunca pensára
que fuese tan bruto! *vase.*
Fern. Ya
parece que está la casa
en silencio, con que así
escribamos quatro cartas.
Acabado el acto, Don Gil entretiene un rato la escena disponiendo su cama con los trastos que halla en la sala.

ACTO II.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Lucía y Blasa.

Luc. Blasa, dónde está D. Gil?
Blasa. Yo no sé.
Luc. Se ha levantado
nuestro sordo? *Blasa.* Si señora,
por cierto que me ha mandado
una cosa muy extraña.
Luc. Y quál es?
Blasa. Que de contado
le prepare un buen almuerzo
para él, y los que cenaron
con él anoche. *Luc.* Ya sabes
que es garboso: no lo extraño
Blasa. Es que dixo que el almuerzo
habia de ser contando
á cien reales por cabeza.
Luc. Tú te habrás equivocado.
Blasa. Ya le advertí que era mucho,
pero como siempre en vano
se le habla, sufrió mis gritos,
y me respondió sacando
el bolsillo. *Luc.* En efecto,
te ha pagado adelantado.
Eso ya es muy diferente,
y es preciso que acudamos
á servirle. Yo me voy
á la plaza, y entretanto
puedes disponer las cosas,
barrer, y limpiar los quartos.
Blasa. No me faltará que hacer.
Válgame Dios, y qué guapo
es el sordo! *Luc.* Si viniesen
muchos huéspedes tan francos
como él lo es, algo mas
valiera mi casa. *Blasa.* Es claro,
y pronto juntára yo
mi dote. *Luc.* Ves despachando
miéntras vuelvo. *Vase.*
Blasa. Bien está.
Voy á ver si han dispertado
las señoras... Oh, ellas vienen!

ESCENA II.

Blasa, Doña Juana, y Doña Isabel.

Blasa. Buenos dias: se ha pasado
bien la noche?
Juana. Grandemente.
Blasa. Puedo ir á barrer los quartos?
Ines. El mio quando tú quieras.
Juana. Mi padre está descansando,
con que no llegues al mio.
Blasa. Bien está. *vase.*

ESCENA III.

Dichos, ménos Blasa.

Ines. Solas quedamos.
Dime, Juana, qué tristeza
es la que en tu rostro hallo?
qué tienes? Sigue tu padre
el capricho extraordinario
de casarte con un hombre
tan indigno de tu mano,
como lo es el tal Don Gil?
Juana. Sabe que lo es. Sin embargo,
dió la palabra. *Ines.* Hizo mal.
Juana. No le culpes, fué engañado
por los informes que tuvo
de Don Gil. Se le pintáron
como un jóven apreciable,
dueño de un buen mayorazgo,
y capaz de hacer feliz
á su esposa. Este retrato
lisongeó tanto á mi padre,
que proyectó de contado

nuestra boda. Por desgracia,
afianzó aquel contrato
con una cláusula.... en fin,
únicamente esperamos
el que Don Gil, conociendo
que yo le daré mi mano,
mas nunca mi corazon,
quiera ceder. *Ines.* Es en vano
que tengas esa esperanza.
Los necios son porfiados
y caprichosos.... mas calla
que él viene aquí. *Juana.* Pues huyamos
de su presencia. *Ines.* Bien dices,
subámonos á mi quarto. *vanse.*

ESCENA IV.

Don Gil, y luego Fermin.

Gil. Vaya, cómo huye de verme
mi novia. Estaban hablando
ella y su amiga, y al punto
que me viéron se han marchado.
Conozco que no me quiere,
pero en estando casados
ella me querrá por fuerza.

Sale Fermin.

Ferm. Señor D. Gil, me han mandado
dar á usted un recadito,
y á la verdad me excusado
quanto pude. *Gil.* Por qué causa?
Ferm. Porque estos son unos casos
tan aquel.... y en fin, cada uno
hace de su capa un sayo,
como dixo el otro. *Gil.* Bruto,
déxate por Dios de adagios,
y dí qué recado es ese.
Ferm. Si os vais á enfadar. *Gil.* Me enfado
mucho mas sino lo dices.
Ferm. Pues usted se empeña, vamos,
lo diré: ello no es gustoso,
pero tanto me han rogado...
Gil. Hombre, lo dices, ó no.
Ferm. Ahora voy á eso. Ahí ha estado...

ESCENA V.

Dichos, y Don Fernando.

Fern. Caballero, feliz dia;
supongo habreis descansado
esta noche. *Gil.* Sí, en la cama
que me dexaste. *Fern.* No marcho
de este pueblo hasta que logre
lo que os dixe. *Gil.* Qué pelmazo!
Fern. Vaya, con vuestra licencia
voy á calentarme un rato.
Ferm. Y yo suspendo mi cuento
hasta luego; y es lo malo,
que el asunto corre priesa.
Gil. Pues quién te quita, naranjo,
que sigas. *Ferm.* Como ha venido
ese Señor. *Gil.* No hay cuidado,
habla sin reserva alguna,
como si solo los bancos
nos oyesen. *Ferm.* De ese modo,
allá va. Digo que ha estado
apénas amaneció
la criada del hidalgo. *Gil.* De quién?
Ferm. De aquel Don Patricio.
Gil. Y qué dixo?
Ferm. Ha preguntado:
díme, Fermin, es verdad
que ántes de ayer ha llegado
á esta posada Don Gil?
Yo al instante, maliciando
alguna cosa, la dixe:
Señora, si os engañáron?
Desde que estuvo en el pueblo
á las vendimias, no hay rastro
de su persona. Ella entónces
me dixo: tú eres tan malo
como Don Gil; pero mira,
á mi señorita ha dado
palabra y mano de esposo,
y por mas que se ha ocultado
de nosotras, ha sabido
mi señorita el contrato
que tiene con un señor,
que es el mismo que ha comprado
la hacienda de Don Ventura,
(que esté en gloria). Yo, mirando
que daba señas tan claras...
Gil. Qué hicistes?
Ferm. Canté de plano,
y la dixe que es verdad,
y que ibais á casaros

con esa Doña Juánita.
Gil. Pues, amigo, lo has echado
á perder. *Ferm.* Por qué motivo?
Señor, si somos cristianos,
lo primero es lo primero.
Dexad que se lleve el diablo
lo que sea suyo; y en fin,
como dixo el otro... *Gil.* Vamos,
qué quieres decir con eso?
Ferm. Que si teneis ya tratado
matrimonio con la otra,
estais sin duda obligado
á cumplirlo. *Gil.* No hay tal cosa.
No niego que hemos hablado
varias noches por la rexa;
pero ella ya se ha olvidado
de mí. *Ferm.* Con perdon de usted,
no lo creo. Me ha contado
la criada todo el cuento.
Y sé que sobre ese trato
os escribió varias veces,
y que siempre se ha firmado
poniendo tu amante esposa,
Doña Clara de Avendaño.
A ver si digo verdad?
Gil. Hombre, ya te han informado
tan por menor, que es preciso
confesártelo. Yo guardo
en mi cartera esas cartas
que dices, mas no hago caso
de ellas. *Ferm.* Pues haceis muy mal.
Yo soy un pobre criado,
y si diera una palabra
como esa... pues pocos daños
se pueden originar,
si conseguis el casaros
con una teniendo otra.
Gil. Estos son puntos muy árduos
para tí. Mira, Fermin,
lo que has de hacer es callarlo,
que yo te regalaré.
Ferm. Guárdese usted su regalo,
que yo no le necesito.
Gil. Con que quieres publicarlo,
y perderme? *Ferm.* No señor:
en eso, ni entro ni salgo.
Cada uno su alma en su palma,
como dixo el otro. Al cabo,
quien mal anda mal acaba.
Gil. Malditos sean tus adagios.
Márchate que viene Blasa,
y mira... *Ferm.* Perder cuidado.
Vaya, que seguramente
se portan bien los hidalgos. *vase.*

ESCENA VI.

Don Gil, Don Fernando y Blasa.

Blasa. Ola, qué ya estais de vuelta?
Gil. Aunque tú no has preparado
el almuerzo... *Blasa.* Que si quieres;
jamas habreis almorzado
tambien como almorzareis.
Gil. Pues hay algo extraordinario?
Blasa. Como que es á cinco duros
por barba. *Gil.* Te estás chanzeando.
Oyes, lo paga mi suegro?
Blasa. El sordo es quien ha mandado
disponerlo. *Gil.* Lindamente.
Bien dicen, entre lo malo
lo ménos malo. Así es éste.
Mas vale se haya quedado
sordo que mudo.

ESCENA VII.

Dichos, y D. Pedro: miéntras esta escena Blasa entra y sale varias veces.

Ped. Me alegro
que estés en casa. *Gil.* Aguardando
á que almorzemos para ir
á vuestra casa de campo
con mi novia. *Ped.* Con tu novia!
Hombre, la franqueza alabo.
En eso hay mucho que hablar.
Gil. Con que anulais el contrato
que hay entre vos y mi primo?
Vaya, que obrais como sabio.
Ped. Escúchame. Blasa, mira,
puedes ir barriendo el quarto
miéntras hablamos nosotros.
Blasa. Bien está. *vase.*

ESCENA VIII.

Dichos, ménos Blasa.

Ped. Gil, he pensado

con madurez. No te niego
que ya mi palabra he dado
á tu tio; y que ademas,
aquel préstamo malvado
me insta á cumplirla. Con todo,
si reflexîonas un rato
mi propuesta, advertirás
que yo solo voy buscando
tu bien. *Gil.* Pero acabe usted,
caso con Juana, ó no caso?
Ped. Ese es el punto. Mi hija
te dará hoy mismo la mano,
si en ello me empeño yo.
Pero qué has de hacer casado
con muger que no te ama?
Es un yugo muy pesado
el yugo del matrimonio,
aun para los que han logrado
casarse despues de amarse.
Mira quál será el estado
de aquellos que no se aman.
Solamente un insensato
puede arrostrar los peligros
que hay en semejantes lazos,
quando son violentos. *Gil.* Ola,
parece habeis dispertado
muy filósofo? *Ped.* Te admiras?
Gil. Muchísimo. *Ped.* Sin embargo,
toda mi filosofía
es la misma que has mostrado
anoche en la mesa. Allí
dixo el Oficial, que lazos
que no dictaba el amor,
siempre han sido desgraciados;
y tú contestaste, vivan
los matrimonios formados
entre iguales. *Gil.* Si señor;
y yo soy pintiparado
para Juana. Ella es bonita,
yo no soy muy mal muchacho,
ella es viva, yo soy vivo,
ella.... *Ped.* Dexemos á un lado
la hermosura. Aunque tú fueras
el mismísimo retrato
del amor, nada importaba
si ella te aborrece. *Gil.* Estamos:
eso queria saber,
pues no hablemos mas del caso.
Pagareis los cien mil reales
que debeis, y yo me aparto
de la pretension. *Ped.* Ya ves
que es imposible. No me hallo
con aquesa cantidad.
Gil. Pues, señor, nuestro contrato
ha sido que casaría
con vuestra hija, y que dado
que hubiese obstáculo alguno
por vos, luego de contado
pagariais esa deuda;
pero que si por mi lado
resultaba inconveniente,
la perdia el tio. *Ped.* Es claro.
Como tratamos la boda
sin conoceros, pensamos
afianzar de este modo
el pacto. *Gil.* Muy bien pensado,
pues vengan los cien mil reales.
vase Fernando.
Gracias á Dios que has marchado,
sordo de dos mil demonios!
Ped. Qué te estorvaba, si al cabo
es como un leño?
Gil. Con todo,
nos echaba unos ojazos?...
Vaya, yo le tengo miedo.
Pues volviendo á lo que hablamos,
ó vengan los cien mil reales,
ó me da hoy mismo la mano
vuestra hija. *Ped.* Con qué en fin,
te expones....
Gil. No me hagais cargos.
Esta es mi resolucion.
Todavía el escribano
no habrá salido de casa.
Voy á buscarle, y firmamos
el contrato de la boda,
ó en el instante reclamo
la deuda, sin admitir
mas dilaciones ni plazos.
Esta es la órden de mi tio.
Ped. R. para que.... *Gil.* No reparo;
ó Juana, ó los cien mil reales.
Miéntras viene el escribano
pensad lo que os tiene cuenta. *vase.*

ESCENA IX.

Don Pedro solo.

Ped. Válgame Dios, yo me hallo
en un apuro terrible!
Si Juanita da la mano
á este necio, para siempre
será infeliz! Si me aparto
de lo que firmado tengo,
me arruino! Yo había comprado
una hacienda en este pueblo,
únicamente fiado
en que Don Gil era el mismo
que me habían retratado.
Gasté así lo que tenía,
y algo mas que me prestáron
mis amigos; vengo aquí,
conozco quán mentecato
es el que elegí por yerno;
y ya me encuentro obligado,
ó á sacrificar á mi hija,
ó á cumplir lo que he pactado
con el tio de este necio:
qué resolveré en tal caso?

ESCENA X.

Dicho, Doña Juana, y Doña Ines.

Juana. Padre....

Ped. Vienes á buen tiempo,
no ignoras quánto te amo,
y que deseára verte
muy feliz. Pero me hallo
en un conflicto. Hija mia,
Don Gil insta á que cumplamos
lo prometido, y ahora
fué á buscar al Escribano,
con que mira qué has de hacer?
Contempla que está en tu mano
mi felicidad.... á Dios. *vase.*

ESCENA XI.

Doña Juana, y Doña Ines.

Juana. Amiga mía, ya estamos
en el lance tan temido,
qué me aconsejas? *Ines.* El plazo
es tan corto.... pero en fin,
el ingenio de mi hermano,
y su presencia... *Juana.* No, amiga,
me lisonjeas en vano.
Supongo por un momento
el que consiga Fernando,
ó por astucia ó por fuerza
el que yo le dé la mano,
qué se consigue con eso?
Mi padre queda arruinado,
pues como yo soy la causa
de no cumplir el contrato,
le obligarán á pagar.
Si no es mi esposo tu hermano,
voy á ser toda mi vida
harto desdichada, al lado
de un hombre como Don Gil.
Ines. El apuro es bien extraño.
A qualquier parte que inclines
el peso, te está aguardando
un precipicio. *Juana.* No encuentro
un medio mas acertado,
que ofrecerme yo gustosa
al sacrificio, olvidando
mi riesgo, por evitar
que viva mi padre amado
en la desgracia. *Ines.* Muy pocas
hay que hicieran otro tanto.
Juana. No estimarán á sus padres
como yo. *Ines.* Escúchame: alabo
tu resolucion heróica;
pero observo, sin embargo,
que es un poco temeraria.
Juana. Pero bien, en este caso
qué puedo hacer? dímelo.
Ines. Mi ingenio no alcanza á tanto;
pero lo que te aconsejo,
es que aguardes á mi hermano,
y él quizás podrá....

ESCENA XII.

Dichas, y Don Pedro.

Ped. Juanita,
qué has resuelto?
Juana. Padre amado,
bien conoceis que D. Gil...
Ped. Es un necio, un mentecato;
pero no tratamos de eso.
Unicamente, te hago
presente mi situacion,

si quieres verme arruinado
para siempre, dímelo.
Juana. Señor.....

ESCENA XIII.

Dichos, y Don Gil.

Gil. No está el Escribano
en casa, pero vendrá
al instantito. En qué estamos,
se casa conmigo Juana,
ó no se casa? *Ines.* Veamos
si yo puedo convencerle.
Don Gil, si estais informado
de que no os tiene cariño,
no es capricho temerario
pretender una muger?...
Gil. Bastante me ha predicado
mi suegro. Mi tema no es
el que ella me dé la mano,
sino que cumpla su padre
el contrato que ha firmado.
Ines. Y que le arruina.
Gil. No importa.
Juana. Hombre brutal, hombre falto
de toda razon. Sabed
que os aborrezco, que no hallo
voces para ponderar
quánto detesto los lazos
que me van á unir con vos;
pero sin embargo, amo
á mi padre mas que á mí;
y por no verle obligado
á pagar aquesa deuda,
desde luego os doy la mano.
Ped. Hija mía! *la abraza.*
Ines. Qué imprudencia! *ap.*
Gil. Sea por fuerza ó por grado,
haga yo que sea mi esposa,
que ya despues... *Ped.* Ha triunfado
en tí el amor paternal,
pero...

ESCENA XIV.

Dichos, y Don Fernando.

Fern. Señores, aguardo
que me deis buenas albricias.
Gil. Vaya, sigamos tratando
nuestro asunto. *Fern.* Sí señor.
Vos sois tan interesado
como yo en esta noticia.
Ines. Juana mía, no perdamos
las esperanzas. *Fern.* Ya os dixe
que venía á un punto árduo.
Gil. Vaya, que esto nada importa.
En fin, si Juana ha pensado
ser mi esposa.... *Fern.* De mi prima?
de ella propia es de quien hablo.
Gil. Vaya, que á esto no hay aguante.
Ines. Oid, no seais porfiado,
qué sirve le interrumpais,
sino os oye? *Gil.* Es porque estamos
perdiendo el tiempo de hablar.
Fern. Sudar? Vengo muy cansado:
he corrido todo el pueblo;
pero por fin, he logrado
lo que quería. Mi prima
dixe se había enamorado
de un jovencito gracioso,
y que su tio empeñado....
Escúche usted lo que digo. *á D. Gil.*
Gil. Este hombre se ha dedicado
á estorvarme. *Fern.* Pues su tio
cedió por fin á los cargos
que yo le hice... Calla usted?
Ped. Voy á dar algun descanso
al dolor que me atormenta.
Fern. Dónde vá usted, me persuado
de que os interesareis
en mis dichas? *Ped.* A no ser tantos
mis tormentos me riera,
al ver cómo sigue hablando
sin que le escuche ninguno.
Gil. Señor sordo, en este rato
no os podemos escuchar.
Fern. No, señor, todo al contrario,
mi prima está muy contenta,
oigan ustedes el caso.
Gil. Paciencia.
Fern. Quando logré
que á fuerza de muchos cargos
se convenciese mi tio,
quise pasar de contado
á ver al jóven gracioso
que pretendía su mano;
pero quál fué mi placer

al punto que me informáron
de que es el mismo que anoche
me honró con tantos y tantos
favores!
Ped. Qué dice, qué?
Fern. Jamás hubiera pensado
tal ventura; permitidme
que os estreche entre mis brazos.
Señor Don Gil Pimpinela.
Gil. Hombre, si yo no me llamo
Pimpinela.
Fern. Por qué huis?
Por cierto que es muy extraño
que reuseis esta muestra
de mi cariño.
Gil. Qué diablos?
Señor si yo no conozco
á esa prima, ni he pensado
hablar con ella.
Fern. Qué dice?
No sé porque habla tan baxo.
Ines. Juana, qué enredo será este?
Juana. Con quánta impaciencia aguardo
sus resultas!
Fern. Cómo es esto?
Nadie responde?
Gil. Es en vano
hablar con él. Vámonos.
Ped. No amigo, no es acertado
menospreciar su noticia.
Gil. Pero señor, si está falto
de juicio. *Ped.* Este caballero
dice que nunca ha tratado
con vuestra prima.
Fern. No entiendo.
Gil. No lo digo yo? Es en vano.
Ines. Ponérselo por escrito
como anoche.
Ped. Bien pensado.
Gil. Maldito sea el sordo, amen.
Sin duda que ha sido el diablo *escribe.*
el que le traxo á esta casa.
Vaya, lea.
Fern. »No he tratado *leyendo.*
»ni conozco á vuestra prima,
»ni ménos palabra he dado
»á ninguna...» Cómo así?
Con que sois tan temerario
que faltais á la palabra?
Yo estoy muy bien informado,
y estraño mucho os negueis
á cumplir como hombre honrado
lo que una vez prometisteis.
Gil. Este hombre esta espirituado;
vayan luego por el cura
y conjúrenle.
Fern. No trato
de que os caseis. Os desprecio,
puesto que así habeis violado
las leyes de la razon.
Pero dadme de contado
las cartas que teneis de ella.
Gil. Tírenme un pistoletazo
por caridad.
Fern. Sois indigno
de tener en vuestra mano
las firmas de una inocente
á quien habeis engañado.
Dádmelas... pues los villetes
de Doña Clara Avendaño....
Gil. Doña Cla... Cla... cómo dice?
Fern. Deben ser muy estimados,
y no han de quedar con vos.
No me los dais?
Gil. Si le hablo
no me entiende. Vayan señas
y voces. Que no me ha dado
carta ninguna.
Fern. Qué dice,
qué no?... Pues que sois hidalgo,
y ya me habeis desmentido,
tomad.... Con pistóla en mano *le da una.*
espero satisfaccion. *él dice que no.*
Reusais venir al campo?
pues dadme vuestra cartera,
cobarde....
Gil. Vaya, yo me hallo
en un aprieto.
Ped. Pues pide
tu cartera, yo no alcanzo
mas remedio que entregarla.
Gil. Pero....
Ines. No tengais reparo

en enseñarla. Quizás
se desengañe. *Fern.* No vamos?
Todos hablan, y no entiendo.
Maldito sea el cañonazo
que me privó del oido.
Señoritas, retiraos,
que pues no quiere seguirme
esta sala será el campo
de batalla. *Ines.* Vámonos.
Gil. Por Dios esperad un rato.
Por dónde supo este hombre
de Doña Clara Avendaño?
En fin, esa es mi cartera; *la saca.*
tomadla á ver si acabamos.
Dios quiera que no la abra. *ap.*
Fern. Mirad aquí comprobado *las saca.*
mi dicho. *Gil.* Tú pagarás
este lance. *Fern.* Pronto me hallo
á pagar lo que se os deba.
Gil. Ay, que me oye: qué milagro!
Fern. Milagro es que haya tenido
paciencia para aguantaros.
Ped. Qué enigma es este?
Fern. Muy fácil.
Don Pedro, yo soy Fernando,
amante de vuestra hija,
de quien quizás os ha hablado
vuestra hermana.
Ped. Ciertamente.
Quién tal hubiera pensado?
Pero por qué habeis fingido
la sordera? Por burlarnos?
Fern. Por una casualidad
feliz para mí, pensando
pedir la mano de Juana,
la he venido acompañando
hasta aquí con un amigo;
pero con tan gran cuidado,
que vuestra hija y mi hermana
nuestra venida ignoráron
miéntras duró el viage.
Ayer nosotros llegamos
poco ántes que ellas llegasen,
teniendo ya proyectado
estar en esta posada
con ustedes. No habia quarto
ni cama para ninguno.
Me llevan este recado;
y á pesar de eso sostengo
que he de encontrar cama y quarto
sin que me den uno ni otro.
Duda mi amigo, le llamo
cobarde, él me llama loco,
y por último apostamos
treinta doblones. Entónces
os escribo de contado
el papel que recibisteis;
y como dice el adagio
que hay sordos de conveniencias,
yo lo fuí en este caso;
pues logré la conveniencia
de sentarme á vuestro lado
en la mesa, y quitar luego
al señor Don Gil el quarto.
Gil. Bien á mi costa lo sé.

ESCENA XV.

Dichos, y Don Antonio.

Ant. Y á la mia, pues que pago
el dinero de la apuesta.
Fern. Que no quiero perdonarlo,
pues ya ves que me hace falta
para los precisos gastos
de tu boda con mi hermana.
Ant. De ese modo yo los gano,
pues gano tanta ventura.
Ped. Con que teniais callado
que conociais al sordo?
Juana. Era inútil informaros
de esta ficcion, pues estabais
comprometido.
Ped. Yo alabo
dos cosas, tu disimulo,
y el amor que me has mostrado
en esta ocasion cediendo
á mis instancias. Ya es claro
que nada debo pagar
al tio de este bizarro
caballero, pues Juanita
le hubiera dado la mano,
á no ser porque no puede
ser suyo habiendo tratado
su casamiento con otra.
Gil. Señores, por quantos santos

hay en el cielo, os suplico
que no se hable mas del caso.
Tan solo por mi tontuna
me veo así abochornado;
pero... *Fern.* Si quereis que os dé
satisfaccion...
Gil. No la aguardo,
ni ya vuelvo á hablar palabra;
porque si me habeis quitado
la cama, el quarto y la novia,
podeis de un pistoletazo
quitarme tambien la vida.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Lucía y Blasa.

Luc. Señores, yo ahora me hallo
en la precision de hablar
con el señor.
Fern. No hay reparo.
Blasa. Ay que no es sordo, señora.
Fern. No, á Dios gracias. Ya he cobrado
mi oido oyendo lo que quise.
Luc. Pues ya está entendido el caso.
Con que á quál de estas señoras
amais?
Fern. Son cuentos muy largos:
hablemos de nuestro almuerzo.
Luc. Pues para ese no he encontrado
todo lo que deseaba;
pero sin embargo traigo
lo mejor que hay en el pueblo.
Fern. Amigo mio, he mandado
disponer aqueste almuerzo
á tu costa.
Ant. Yo te alabo
ese gusto, y mucho mas
si con eso celebramos
nuestras bodas.
Fern. Por la tuya
no creo que haya reparo;
pero la mia...
Ped. Tambien,
hoy mismo se hará el contrato,
y estoy muy agradecido
de que así hayais libertado
á mi hija de vivir
con un necio.
Gil. No, yo salgo
favorecido en un todo.
Fern. Mas sin embargo, quedamos
amigos.
Gil. Por el miedo
que os tengo, pero me marcho
ahora mismo á mi lugar.
Fern. Eso será en almorzando;
y aprended señor Don Gil,
que si ahora os veis despreciado
por necio, quizás mañana
os vereis peor tratado
sino cumplis de otro modo
las palabras que hayais dado.
No hay cosa mas fea...
Ant. Basta
de sermon, y pues miramos
cumplidos nuestros deseos,
razon será que aplaudamos
tu sordera, que fué causa
del placer que disfrutamos.

FIN.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.19
no.21